

por los obispos y la celebracion de algunas fiestas. Mas el torrente, detenido por Jacobo, se desbordó completamente bajo su sucesor Carlos I. El fanatismo de los puritanos ó de los *santos* estalló en Inglaterra, amenazando á la vez al trono y á la iglesia establecida. El movimiento revolucionario se hizo tanto mas espantoso, cuanto tenia las apariencias de un celo piadoso y desinteresado, y cuanto aquellos fanáticos entusiastas, encontrando en la Biblia, no lo que en realidad se encuentra en ella, sino lo que querian encontrar, deducian de ella el pretexto para los mas horribles crímenes. Carlos I, desgraciado en todas sus medidas, obtuvo siempre lo contrario de lo que se proponia. Desde el principio se habia indispuesto con el Parlamento. Habia aumentado el descontento público con la elevacion del Duque de Buckingham, su ministro y favorito; con el nombramiento de Laud, riguroso episcopalista, al arzobispado de Cantorbery; y con su casamiento con Enriqueta de Francia, que era católica. *No popery* (nada de papismo), se hizo el grito general. En lo sucesivo, ninguna medida contra los Catolicos parecia ya bastante severa; era preciso quitarles sus hijos y educarlos en la religion protestante, ejecutando á los sacerdotes expatriados que se atrevian á volver á Inglaterra. El resentimiento no conoció ya límites cuando el Rey quiso restablecer el derecho eclesiástico de la iglesia episcopal, y arreglar el culto por medio del establecimiento de una liturgia (1636). Los *santos* gritaban entonces que aquello era *aprisionar al espíritu de Dios*, y se sublevaron abiertamente contra este culto de Baal. En 1638 se reunió un *convenant*¹ presbiteriano para el mantenimiento de la religion, de la libertad y de las leyes del reino. Declaró independiente á la iglesia, abolió el episcopado, la liturgia y el derecho eclesiástico, excomulgó a los obispos, y obligó á Carlos á que celebrase una convencion con los rebeldes en Dunbar, y á que reuniese el Parlamento para pedirle los auxilios necesarios para la guerra que iba á estallar. Este Parlamento, convocado de órden, pero á pesar de Carlos, llevaba en su seno todos los elementos de la revolucion (1640-1649). Hizo separar

¹ Los escoceses designaron con este nombre una confederacion que hicieron en 1580 para el mantenimiento de su religion.

á los ministros del Rey, ejecutar á uno de ellos, el Conde Strafford, como culpable de alta traicion, poner preso al arzobispo Laud; y acabó por quitar al Rey el poder legislativo (1642), estallando entonces la guerra civil. Los jefes de la revolucion se adhirieron al *convenant* escocés para conservar la libertad de la iglesia de Escocia y para la reforma de la de Inglaterra; y á fin de debilitar cada vez mas la consideracion y el partido del Rey, le acusaron de papismo. Y por mas que hizo ejecutar á muchos sacerdotes, no por ello creyeron menos en que se urdia una conspiracion papista, protegida por el Rey. Católicos y Anglicanos hubieron de sufrir entonces igual suerte por parte de sus enemigos comunes, los Presbiterianos, que se apoderaron de los beneficios de los Anglicanos y de sus puestos en el Parlamento; y sus violencias provocaron dentro del mismo partido la reaccion de los *Independientes*, dirigidos por Fairfax y Cromwel. Para ellos no habia ya ni sacerdocio, ni sacerdotes, ni predicantes con título: cada uno predicaba cuando se hallaba inspirado por el espíritu de Dios. El soldado, lo mismo que el oficial, subian al púlpito y anunciaban la palabra divina. Este ejército de entusiastas, dirigido por un hombre de talento, de calma y de reflexion, era capaz de las cosas mas extraordinarias, y triunfó efectivamente en todas partes. Carlos perdió la batalla decisiva de Naseby (1645). Desdeñándose de sacrificar sus principios y sus convicciones á su seguridad personal, fue preso y entregado al Parlamento, permaneciendo despues en manos de los Independientes como un rehen contra los Presbiterianos. El terrorismo de la dominacion soldadesca llegó muy pronto á su apogeo: los racionalistas, ó, como mas tarde se llamaron, los *levellers* (los niveladores), demostraron, con la Biblia en la mano, no solo el principio de la soberanía popular, sino el odio de Dios contra los Reyes. Nuevas victorias de Cromwel sobre los escoceses (1648) aseguraron el triunfo de su partido. Resolvió someter á Carlos á un juicio: los Presbiterianos, que se opusieron á ello, fueron expulsados del Parlamento por los Radicales, y los miembros restantes (el Parlamento rabadilla) juzgaron á Carlos, acusado de alta traicion, por haber llevado las armas contra el Parlamento. Un tribunal presidido por Cromwel pidió, en nombre de la Biblia, la cabeza del Rey, que cayó bajo el hacha del

verdugo el día 30 de enero del año 1649. Proclamóse entonces la república, y Carlos II, reconocido rey por los escoceses, se vió obligado á huir á Francia. Cromwel fue nombrado protector (1653); y el despotismo de este hombre extraordinario puso fin á la anarquía¹. Su mano de hierro domó todas las resistencias, y en 1659 cuando murió, el reino se hallaba en paz y sometido á sus leyes. Su hijo abdicó, y Carlos II fue llamado de nuevo (1660). Prevalciendo entonces todavía la profunda convicción de los Stuardos de que el episcopado era el sosten de la monarquía, fue restablecido, no solo en Inglaterra, sino en Escocia. Esta medida impopular bastó para hacer al Rey sospechoso de catolicismo y excitar los partidos contra él. Cromwel había concedido la libertad de conciencia á todas las sectas, menos á los papistas, cuya suerte mejoró muy poco bajo Carlos II, á pesar de su hermano el duque de York, católico ilustrado: apenas se les concedió lo que no podía negárseles sin la mas negra injusticia. Se les imputó, sin pruebas ni informe alguno, el gran incendio de Londres de 1666, cuya mentira histórica ha permanecido á pesar de todo hasta nuestros días, grabada en el monumento erigido en memoria de aquella catástrofe. Un bill del Parlamento, dirigido especialmente contra el Duque de York, estableció otro nuevo juramento (*el juramento del Test*), en virtud del cual, todo el que aceptaba un cargo público estaba obligado á prestar el de la supremacía del Rey, á recibir públicamente la Eucaristía segun el rito anglicano, y á declarar por escrito que no creía en la transustanciación. Todo esto se hizo para perder á los Católicos. El Conde de Shaftesbury, principal motor del bill del Test, fingió una conspiración papista en que se hallaban envueltos todos los Católicos, con el general de los Jesuitas á la cabeza, Las consecuencias de este supuesto descubrimiento excedieron á las mas

¹ *Villemain*, Hist. de Cromwel: «Con qué fatal verdad se cumplieron en lo sucesivo las previsiones del lord Herbert cuando dijo en el Consejo de Enrique VIII, que en lugar de una autoridad moral, se establecería una fuerza material á la que se sacrificaría la independencia de la Iglesia, quedando oscurecida hasta la majestad del mismo trono.» Véase el discurso de Herbert en *Lamennais*, de la Religión considerada en sus relaciones con el orden político y civil. París, 1826, en 8.º pág. 234 sig.

atrevidas previsiones. Todo el reino se conmovió, cual si estuviese amenazado de una invasión enemiga y de la próxima matanza de todos los Protestantes. El Parlamento mandó hacer informaciones; y Tito Oates, el inventor y cobarde instrumento de la intriga, recibió las alabanzas y recompensas debidas á su celo.

El duque de York, Jacobo II, aunque excluido del trono por dos acts del Parlamento, sucedió á su hermano (1685), proclamando inmediatamente la libertad de cultos y de conciencias. Si se hubiera limitado á esto, hubiera indudablemente aliviado en gran manera la suerte de sus correligionarios; pero queriendo restablecer el predominio de la Iglesia católica, preparó su ruina. Reanudó las relaciones con Roma, dispensó á los Católicos del juramento del Test, y sometió á la justicia los obispos que se habían negado á publicar su declaración sobre la libertad de conciencia. El nacimiento del Príncipe de Gales apresuró la catástrofe. Previendo los descontentos, y sobre todo los poseedores de bienes eclesiásticos, una nueva dinastía real católica, entraron en negociaciones con Guillermo de Orange, que se había casado con María, hija protestante de Jacobo. *El libertador*, Guillermo, apareció, por fin, en 1688 con un grande ejército para restablecer el orden en el reino. Jacobo, vendido por sus guardias, pasó á Francia, facilitando la victoria de sus enemigos con una fuga que fue uno de los capítulos de acusación en el proceso que se formó contra él mas adelante. Cuando Guillermo subió al trono de Inglaterra, tanto los Católicos como los que se casaban con católicas, fueron excluidos de la corona. Se estableció entonces un nuevo juramento de fidelidad. Todo papista, ó el que pasara por tal, debía residir á diez millas de Londres. Se transmitió á las universidades el derecho de patronato que pertenecía á los Católicos; y estos, además de no obtener ninguna especie de derecho civil ni político, se vieron sometidos á las mas duras restricciones bajo el aspecto religioso. Se abolieron las escuelas católicas, se persiguió á los sacerdotes, se concedieron magníficos beneficios á aquellos de entre estos que pasaron á la alta Iglesia, «á la Iglesia apostólica sola verdadera, sola santificante,» y se decretó que el hijo católico que abrazase la religión del Estado, obtendría por esto solo, en vida de